

La última amante **del Generalísimo**

Francisco de Miranda:

El primer masón hispanoamericano



Carlos Pérez Ariza

Málaga, España 2009/2012



Francisco de Miranda nació, de padre Canario y madre venezolana, en la Caracas colonial de 1750 un 28 de marzo. Murió en la prisión/fortaleza de las Cuatro Torres de La Carraca, Cádiz el 14 de julio de 1816, reo de la Inquisición y de la Corona española de Fernando VII acusado de herejía y traición. Su crimen fue haber dedicado su vida a la independencia de la América Española y ayudar a la de los Estados Unidos de América y contribuir decididamente desde la primera fila a la Revolución de Francia.

Combatió por la libertad en las tres revoluciones que sucedieron a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, pero no logró ver su sueño completado. Llegó a general del ejército francés y su nombre, el único hispanoamericano, está grabado entre los héroes de la Revolución de Francia en el Arco del Triunfo de París; su retrato ocupa sitio de honor entre la galería de personajes en el Palacio de Versalles y su estatua se encuentra, frente a la del general francés Kellerman en el campo de Valmy, en la actual Bélgica, donde la revolución francesa ganó su primera y determinante batalla.

Está considerado como el Primer Americano Universal. Masón y espíritu de su tiempo, fue un ilustrado que se codeó con la intelectualidad política y artística de América y Europa. Su vida fue una apasionante epopeya en busca de la libertad de los hombres.

Esta novela no es una reconstrucción histórica de su vida, aunque está basada en ella, sino la ficción de lo que pudieron ser sus últimos días de vida en la Isla de San Fernando, frente a la ciudad de Cádiz, que tan solo cuatro años antes (1812) de su muerte había proclamado la Constitución más liberal de Europa .



El Arco del Triunfo en París, donde su apellido está grabado por su decidida contribución a la consolidación de la Revolución Francesa

A mis hijos (Juan Carlos, Adriana y Vanessa). A mis nietos (Julia y Alberto), para que no olviden nunca lo que cuesta conseguir y mantener la libertad.

A las seis en punto, Francisco de Miranda miró a lo lejos, sobre la borda de estribor, y vio a un solitario pez volador que le atravesó la mirada. El pequeño y velocísimo pez siguió obstinadamente la misma dirección del barco, donde el General oficiaba de Almirante de su pequeña flota invasora. Una y otra vez, con sus ojos puestos en los de Miranda, el pez se sumergió y emergió sin perder el rumbo. Éste le hizo extraviar su pensamiento. Olvidó, por un instante, adónde iba. Distrajo su mente de lo que había sido una idea fija, mucho más que eso: una obsesión por la cual había vivido por casi cuarenta años. El pez volador, plateado, ágil, enrojecido por los brillos del sol yacente de esa hora, escurriendo agua, sonando sus alas de escamas, volando a ras del oleaje, seguía su misma ruta sin descanso. Un pez volador, por su fuerza interior, requiere de un espacio más dilatado que su propio elemento acuífero, por eso, su velocidad bajo el agua lo catapulta hacia los aires, donde no encuentra oxígeno, donde sabe que entra en otro mundo, donde lo arriesga todo por poder mirar desde lo alto a su misma vida. Así iba Miranda aquella tarde, mirando su propia vida, que se le había alejado a través de aquel inmenso mar americano. Continuó observando los saltos de aquel pez volador, que, como él mismo, buscaba respirar sin poder hacerlo. Aferrado a la borda, le siguió hasta que el último resquicio de luz se apagó justo delante de la proa y completamente sobre su derecha.

Miranda abrió los ojos y de inmediato los cerró adoloridos por la luz solar que entraba a través de la pequeña ventana de su celda. Se los restregó con ambas manos para poder entreabrirlos sin dolor. No era el primer calabozo de su vida, pero quería que fuese el último. La prisión, sus fiebres y ataques de apoplejía le servían los recuerdos en forma de sueños, para mitigar su dolor o agravarlo, según el caso. Se recostó, tapándose de la luz con el brazo, y volvió a ver el pez volador, insistente, pero ahora revoloteaba sobre su cabeza golpeándose contra los muros de su celda, asfixiándose, perdiendo su ruta. Ahora, con los ojos ya abiertos de nuevo, el pez volador se había ido. Recuerda, sin poderlo ver, el rostro de su hijo Leandro y, más difusamente, el de Francisco. Y de nuevo el pez volador que pasa rasante sobre la cubierta –de estribor a babor– y arrastra en su vuelo varias hojas de la Proclama de libertad impresas en la imprenta de abordo. Pez y hojas, sin mirar atrás, se alejan llevadas por la brisa marina. Miranda acaba de caer en un sopor producto de su estado febril, duerme. Evoca su propia voz...

-¡Amindra, escucha el oleaje contra la quilla! Amindra, nunca llegarás a la libertad. Amindra, tienes que salir de ahí si quieres alcanzarla... no lo conseguirás.

Y como escribiría, algo más de un siglo después, Ernest Hemingway, Miranda recordó, todavía dormido, que no hay peor presagio para un marino que los peces voladores que insisten en seguir la ruta de una embarcación. Él no lo sabía entonces, pero ahora, durante aquel sueño primaveral y enfebrecido, su personalidad neo

barroca entraba en la historia para siempre. El pez volador, por fin, se alejaba confundiendo entre la bruma marina de un atardecer de silencios y gritos lejanos de la marinería, que se transmitía en inglés las voces de mando.

Pero esto no es un relato sobre Miranda, porque volver a Miranda significaría primero haber salido de él. Y, ¿cómo se puede dejar a un lado a Miranda para asir a Miranda? Él continúa siendo un significante más que un significado. Por eso, relatar a Miranda sería adelantarse al final de la historia de Miranda, que aún está por suceder. Tal vez podamos encontrarnos con ella, con la verdadera, ¿quién sabe?, y a lo mejor encontramos con un atajo por medio del cual llegar hasta allí. Porque, por otra parte, esa faceta de su, podríamos llamarla 'vida' histórica es solamente literatura. Y, tal vez nunca eso más que eso: una ficción. Pero, ¿no fue su vida real una imaginación constante? Miranda fue un anhelante. Hasta su último momento de aliento no se apartó de la idea que lo movió durante casi toda su vida por medio mundo. Esta tenacidad ya no existe en la Tierra. Hay hombres con una fuerza de voluntad humana; Miranda poseía la de los eternos dioses. Por eso fracasó, como tantos otros dioses de la historia universal. Así que aparece en estas páginas por voluntad propia. ¿Quién podría convencer al viejo Mariscal de Francia de lo contrario? Bien conocida es su terquedad. Aparecerá cuando lo crea conveniente y guardará silencio o actuará siempre que se lo dicte su conciencia, que no es poca. Será un espectador y un actor al mismo tiempo, pero no está aquí para contar su historia particular, sino su intrahistoria y una con la que le hubiera gustado tener que ver directamente, su propia libertad. Ya saben ustedes que él sigue siendo un incorregible, nunca supo ser de otra manera. Siempre habló de frente y en varios idiomas antiguos y modernos. Fue vehemente y tozudo en la defensa de sus ideas. Nunca se torció, si se quebró. No sé porqué insisten en presentarlo en ese perfil de medallón romántico, muy al uso de la época en la que vivió transitando por la Europa del siglo de las Luces. Es sólo un retrato fiel al retratista y a la imagen de su rostro, tal vez. Nos gusta más de frente, aun en esa figura desvencijada, mas no entregada, que dejó en el lienzo la imaginación iconográfica de Arturo Michelena, cuando lo visualizó sentado al borde del camastro y de la muerte en el presidio-fortaleza gaditana de La Carraca –¡qué palabra tan parecida a su Caracas!–. En fi, *Bon soir, mon Generale!*

2

Miranda se sentó de un salto en su camastro y se tocó la cabeza. Bajó su mano por la nuca y comprobó que el cuello seguía unido firmemente sobre sus hombros. Había estado soñando con sus días, interminable angustia, de prisión en París. Una larga secuela de penurias y desencantos que siempre recordaba a través de pesadillas. Se secó el sudor frío de su frente con el dorso de la mano derecha y se levantó del lecho. Comenzó a recorrer al angosto calabozo para estirar las piernas que tenía acalambradas y tensas. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... contaba sus pasos mentalmente, solo para remachar la estrechez de su encierro. Una y otra vez, hasta que sintió que sus extremidades despertaban y comprobó que movían con mayor agilidad. Era de noche, y sus pasos sobre las losas de piedras gastadas y húmedas, no se escuchaban. Parecía que no las pisara, era como si levitara. Su mente, en su paseo frenético y acompasado, tomó vuelo de nuevo en ese sueño que le acompañaba como único testigo de celda, y como un visitante permanentemente invitado. Sueños que no le eran extraños, pues habían convivido con él desde siempre. Pero ahora eran como revelaciones, como si los soñara otra persona y él los pudiera ver como propios.

Y esa mañana –tal vez la última de esa insoportable inactividad, pensó–, le sucedió algo nuevo. Comenzó a cavilar no en las cosas que podía hacer para lograr la libertad de su país, de todo un continente, pensamientos que siempre habían ocupado su vida, sino en lo que dejó de hacer cuando tuvo la oportunidad de lograrla. Eso lo martirizaba aún más que los interminables años que estuvo buscándola, tratando de atraparla, cercándola como a un amor esquivo, poniéndole la mano, casi tocándola, para verla alejarse una y otra vez. Sabía más de libertad que nadie en su época. Pero en su lucha por obtenerla, por él mismo y para su América toda, se le había convertido en una desconocida. Cuando la tuvo a su lado la perdió. Se le esfumó como un suspiro que se echa al aire y nada resuelve. La libertad –continuó pensando– nunca había querido que él la poseyera. Había sido un amante fiel, pero demasiado impetuoso. Tal vez, excesivamente impaciente. Porque su paciencia la había concentrado en explicarse, a través de la historia de la Europa, en un lenguaje vehemente, sin vana retórica, glorioso y, por eso, se quedó sin ellas: sin paciencia, finalmente, y sin libertad. Y ahora, metido en aquel encierro necesitaba como nunca de ambas. Paciencia para salir de allí y libertad para continuar buscando más libertad. Su América no era libre aún. Y estaba seguro de que no lo sería en muchos años. Aunque consiguiera la libertad política, la verdadera no la obtendría sino tras mucho tiempo. Porque para Miranda, tener libertad no era solamente poder firmar una declaración de independencia, era infinitamente mucho más. La libertad era un concepto a construir cada día. Él lo sabía mejor que nadie en su tiempo. Para su América, había construido una libertad formada por pequeños pedacitos, como un rompecabezas. *'The liberty is a*

puzzle –solía decirle a sus íntimos ingleses, *circle of friends*– ‘*If only one piece is lost, the liberty is finish*’.

Y eso le había pasado en su primer intento por conseguirla. No sólo una pieza, sino muchas de ellas se habían extraviado en el camino. Y lo lamentable era que algunas de esos trozos, pequeños y, aparentemente, prescindibles, nunca volverían a encontrarse. Miranda lo sabía perfectamente. Si salía de allí, lo fundamental sería encontrarlas y rearmar el tablero antes de iniciar, una vez más, la búsqueda de la libertad de la América Española. También estaba seguro de que la única persona que podría encontrarlas y soldarlas entre sí firmemente, y para siempre, era él. Pero para eso, primero tenía que recuperar la paciencia y la propia libertad. Sabía que no sería nada fácil. En el fondo, aunque no quisiera aceptarlo, estaba seguro de que, por primera vez en su vida, lo habían cogido para siempre. Cuando pensaba en eso, solía darse tres cabezazos contra el muro, para, de inmediato, proseguir con sus planes de evasión. Era lo más efectivo para alejar pensamientos derrotistas y centrarse sobre lo único importante: salir de La Carraca cuanto antes. En eso trabajaba a diario. Ya había conseguido acercarse a su causa a un centinela, que se jugaba la vida por llevar sus mensajes a un correo que los hacía llegar a Londres a través de Gibraltar, nunca la Roca le había sido tan propicia a un revolucionario de la Ilustración.

Estando en aquellos pensamientos, comenzó a amanecer. Un sol que apenas se introducía entre los altos barrotes del ventanuco y que esclarecía aún más la funesta situación del prisionero. Solía ver cada día el amanecer tras la vigilia persistente, ocupado en darle vueltas a la misma idea.

Pero aquella mañana, a la luz tenue que los muros permitían, Miranda se adosó a la pared húmeda y mugrienta, y se dio cuenta de que muy pegado al muro, buscando que el calor del sol le tocara la cara, podía mimetizarse como si fuera musgo pegado a la piedra, haciéndose casi invisible, incorpóreo, es decir –pensó tocándose el cuerpo–, desaparecer a los ojos de sus vigilantes carceleros. Aquella mañana, hacia el mediodía, a la voz de la comida, se percató de que el oficial, que volvía a constatar el condumio de los condenados, dijo: “Ahí debe estar el generalísimo, comiendo su rancho, pero escondido, como siempre”. Pero él, el generalísimo, estaba sentado en su taburete frente a la puerta, sin pretender esconderse, sólo pegado al muro y, como de costumbre, dudando en comerse aquella dádiva diaria plagada de gratitud insolente. Pero sí, estaba allí. Camuflado, escondido sin proponérselo. Estaba sumado a la piedra, oculto sin haberlo planeado. Sin saberlo, ausente.

¿Estaba Miranda ido de su celda sin haber dado parte? ¿Estaba de alguna manera libre o, tal vez, estaba libre de una manera diferente? A fin de cuentas era Miranda, un hombre capaz de hacerse parecer libre y mucho más; capaz, con su sola presencia, de garantizar la libertad. El mimetismo con la piedra y su aparente ausencia del calabozo era únicamente practicable por él, por el generalísimo, el único capacitado para hacer sentir a un extraño, que podía estar presente y ausente al mismo tiempo, aunque en el mismo lugar. Ya lo había hecho antes Napoleón, aunque de otra manera.

Miranda aún no lo sabía, pero acababa de obtener la 'permanencia volitiva', una forma de estar o no a voluntad, según le conviniera a quien fuera capaz de conseguir ese estado intermedio entre la presencia visual y la volatilidad corpórea, donde los átomos se volvían invisibles. Lo había leído, recordó.

Era ciertamente una rara y excepcional forma de existencia inmaterial, dentro de la materia, sin dejar de pertenecer a ella. Lo había estudiado y definido en teoría el físico, matemático y anatomista, François D'Villoun en un texto oscuro y hermético, cifrado en una mezcla de combinaciones numéricas con signos arcaicos, contenido en un volumen en papel pergamino de un octavo, y que Miranda había leído, descifrando su significado profundo, pero sin haberle dado mayor atención, que contenerlo en su amplísimo archivo de conocimientos de todo tipo. Lo había encontrado en un viejo almacén de libros en un viaje entre Crimea y Kiev en 1787. Era un original traducido al latín, pero que conservada todas las claves dada por D'Villoun en su tratado, *Summum Etereus*, y que Miranda había leído y estudiado con atención, pero olvidado hasta aquel mediodía en la hora exacta del rancho cotidiano de La Carraca.

La 'permanencia volitiva' es, según recordaba haber leído Miranda en el tratado de François D'Villoun, la posibilidad para un ser humano muy particular, dotado de una inmensa voluntad de trascendencia, de estar presente en cuerpo y alma en un espacio y tiempo determinado sin que nadie pueda percatarse de lo contrario.

-“No es –explicaba D'Villoun– una facultad de invisibilidad, pues el sujeto está allí tangible, corpóreo, sólo que en un nivel existencial donde la necesidad de desaparecer es una forma habitual y voluntaria de permanecer existiendo”.

De allí que tal facultad haya sido bautizada por su descubridor como 'permanencia volitiva'. Para Miranda era muy clara la explicación, que entendió al leerla y meditar sobre la misma, sólo que monsieur D'Villoun no había podido demostrar su teoría con un ejemplo práctico. Sólo hacía, en aquel tratado, una ligera aproximación a Jesús, el Cristo en su denominada resurrección, que no fue otra cosa, según D'Villoun, que una transmutación a ese estado de 'permanencia volitiva', para seguir habitando en este mundo de materia o de primer nivel, como también lo llamaba el hermético maestro.

Y ahora, él, el generalísimo, en aquella celda oscura, diminuta, fría y sombría, construida en piedra infranqueable, se estaba convirtiendo en un vivo ejemplo de aquella antigua teoría formulada por el sabio D'Villoun. Miranda había entrado, sin proponérselo, en ese nivel existencial de la necesidad de desaparecer estando presente. Un nivel de libertad etérea, únicamente imprescindible para aquellos que saben, aunque no lo acepten verbalmente, que su trabajo en el terreno de la libertad ha sido completado en este mundo.

Miranda respiró el halo de aire que entraba por la ventana enrejada y recordó que América era, había sido, una posibilidad de libertad aunque no la única. Miranda se sintió tan sostenido y fortalecido por el muro de piedra de su celda, que sus pensamientos corrieron en otra dirección. Tal vez, habría podido seguir siendo un personaje de la historia europea, de hecho ya lo era. ¡No estaría y está su nombre

grabado en piedra en el Arco del Triunfo de París, al lado de su amigo Lafayette, y tantos otros, como el único hispanoamericano! Tal vez menos notorio de lo que llegó a ser en París, en Londres, en San Petersburgo, en New York, en Washington o en su América, pero sin duda más feliz. La libertad, esa eterna amante suya, tenía múltiples caminos mediante los cuales llegar a la conclusión personal de que la vida podría haber sido más fácil, más ligera, más sutil e, incluso, más libre. Pero los designios no son mudables. Para personas como él eran insondables, se admitían o no. No había posibilidad de rectificar. La libertad en la época en que le tocó vivir era una cotidianidad, era tema de todos los días. Vivió y participó en primera fila en dos de las revoluciones del siglo XVIII y en la tercera prendió la mecha, apenas comenzar el XIX. Fue una amante exigente, que le pidió una entrega total. Era la vida dedicada a esa empresa o nada. Era estar libre o estar preso, como él estaba ahora. Era haber ganado o haber perdido, como él en aquella celda agotadora y final de La Carraca.

Miranda comió su rancho pegado al muro, sin despegarse ni un milímetro, no fuera que volviera al nivel de la visibilidad; allí siguió, mimetizado, sin que nadie lo pudiera notar. Estando sin estar. Cayó en cuenta de que si nadie podía verle allí dentro comiendo su pobre alimento, tal vez podría salir sin que nadie tampoco lo notara.

-¡Volveré a ser libre!-, gritó en silencio.

Al menos lo intentaría. Aunque sabía demasiado que ejercer la libertad a sus años era una empresa sumamente difícil, por no decir imposible. Al terminar su comida decidió que, tan pronto tuviera una oportunidad, probaría hasta dónde podría funcionar su nueva capacidad de 'permanencia volitiva'. Salir toda una noche de su celda, por ejemplo, sería una prueba irrefutable de su recién adquirida condición de ser inaprensible. Claro, faltaba comprobar si le sería posible deslizarse por entre las ranuras de las piedras para avanzar hacia fuera. Y, más aún, si su mimetismo funcionaría tras los muros, más allá de su encierro.

Miranda no conocía todavía que los seres volátiles suelen permanecer en vigilia durante muchas noches, en una relación proporcional a las horas acumuladas en estado de invisibilidad voluntaria. Comenzó a percatarse de tal cosa esa misma noche. Porque, como recordaba haber leído en el libro de François D'Villoun, una vez adquirido ese nivel de la existencia, los mecanismos del descanso se alteran y el organismo ya no necesita del sueño como antes. El cerebro se habitúa a existir en un plano de vigilia permanente, con lo cual unas pocas horas "*...a veces con una sola o ninguna*", explicaba el sabio belga, "*son suficientes para que la persona pueda ejercer su 'permanencia volitiva' cada vez que lo desee o lo necesite*", tal como era el caso de Miranda en aquel momento crucial y definitivo de su vida. El generalísimo no pudo dormir esa noche pensando en si podría ser visible o invisible a voluntad, y estando físicamente en aquel lugar. Si sólo lo era cuando estaba de pie pegado al muro o si, por el contrario, esa facultad de su voluntad podía escapársela en el momento menos oportuno.

Pero no eran esos pensamientos los que distraían su sueño, era la misma nueva capacidad, que se manifestaba y que él todavía no había aprendido a manejar

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

